

LA EDUCANDA.

Periódico de Señoritas.

Los artículos contenidos en este número son propiedad.

SUMARIO. El orden, por don A. Pirala.—Leyendas Bíblicas: La vocación de Moisés, por doña Micaela de Silva.—En una profesión religiosa (poesía), por doña Antonia Díaz de Lamarque.—El pescador de perlas, por doña Angela Grassi.—Labores, por doña Joaquina G. Balmaseda.—GRABADOS: *La Zarza ardiendo*.—*Brahma bañándose en el río*.—*Bolsa de tafilete*.

EDUCACION É INSTRUCCION.

EL ÓRDEN.



ADA predispone mas en favor de una casa como ese orden que hace que esté cada cosa en su lugar. Esto anuncia desde luego que allí hay dirección y gobierno, que allí preside el método y la armonía en todo. Y esto que tan fácil parece, no lo es, sino se ha adquirido la costumbre de practicarlo.

Esta costumbre empieza desde la niñez, porque en ella tambien se necesita del orden, y mal podrá habituarse á él la que no le haya practicado.

Afortunadamente, parece un sentimiento innato en las niñas, porque se las vé con frecuencia arreglando sus juguetes, limpiando su bajillita, después de hacer en ella sus comiditas de yeso, y colocarla en seguida lo mismo que la ven en la cocina ó en los aparadores de su casa, y por el mismo orden ir dando á cada mueble, á cada objeto, el destino que tienen los que están constantemente á su vista.

Crece la niña, y el orden que acostumbró á tener con sus juguetes, le sigue en los objetos de su cuarto, de su tocador, en sus libros, en cuanto la pertenece ó está á su cuidado. Entonces empieza á cuidarse de su compostura, y esta exige no menos orden que las demas cosas, pues hasta en el traje, ó la manera de llevar las prendas, se conoce la joven que es ordenada. Se la vé mas compuesta, y si es pobre mas decente y mas limpia, porque el buen orden no la permite llevar manchas ni girones; pero el vestido remendado honra á la mujer que le lleva.

La que de niña y de joven ha tenido orden en to-
2.^a ÉPOCA.

do, ¿dejará de tenerle de mujer, de madre de familia? Imposible, porque es cuando mas le necesita, y cuando sabe apreciar la grande importancia que tiene el orden.

Sobre ser un objeto de orgullo para la dueña de la casa, ¡cuánto tiempo se gana con el orden! Estando cada cosa en su sitio no hay que andarla buscando, sino ir, ó mandar por ella, y hallarla en seguida; y las que gobiernan ó dirigen una casa saben mejor que nosotros lo que importa el tiempo para los quehaceres domésticos. De no estar las cosas en su lugar, todo es dar vueltas, incomodarse, alborotar á veces, é indisponerse unos con otros. Las resultas son siempre lamentables, porque tras de alterarse la paz del hogar, tan necesaria y digna siempre, se ágría el carácter de las personas, y hacen sentir ó conocer á los hombres lo que siempre debe sernos ageno, y hacernos pensar que en la casa no hay orden.

Pero cuando este reina, ¡qué diferencia en todo! El servicio es exacto y veloz, todo parece estar siempre dispuesto, y es grato ver de pedir una cosa y tenerla en seguida; lisonjea el amor propio del que sirve y es servido, porque muestra que el uno lo tiene todo apunto y el otro puede creer que hasta se le adivinan sus deseos. El contento reina siempre en estas casas; es mútuo el cariño, porque se ve gratitud, y hay recompensas, y la base de todo no es mas que el buen orden, mas sencillo que el desorden, y de menos trabajo.

Metodícense las ocupaciones y hasta los recreos desde la niñez, y no correremos anhelantes tras del tiempo, sino que este vendrá á buscarnos. Vuela en efecto, pero podemos atajarle dejándole muy atrás con buen orden. Corre así mas dulce y tranquila la vida, reina mas ventura en nuestro derredor, y se presenta así á todos un magnífico modelo que imitar, y del cual sacamos constantemente sabrosísimos frutos.

A. PIRALA.

LEYENDAS BÍBLICAS.

LA VOCACION DE MOISÉS.

Grande á los ojos de Dios y á los del mundo es la mision que viene desempeñando la mujer desde los siglos mas remotos; si los gentiles é idólatras confiaban á sus vestales y sacerdotisas la custodia del fuego sagrado, la verdadera Religion ha confiado á la mujer, y sobre todo á la madre cariñosa, el cargo de instruir á los niños, encendiendo y avivando en su corazon la llama del amor divino. Así es como esparce una semilla fecunda en resultados, porque sus flores perfuman la tierra, y su fruto le recojerán los hombres en el cielo. La Fé, la Esperanza, la Caridad, esas tres virtudes inseparables del cristianismo, anidan con preferencia en el corazon de la mujer piadosa, y ésta debe trasmitirlas á sus tiernos hijos; sin esas tres virtudes, no podrán conocer, servir y amar á Dios, no sabrán temerle, y ese temor santo es el principio de la sabiduría y el dique poderoso á contener el desbordamiento de las pasiones. ¡Todo se puede temer del hombre que no teme á Dios! Vé ahí porque la indiferencia religiosa en la mujer es un crimen de lesa humanidad, porque allí donde abundan los tibios y los incrédulos, es donde pululan los vicios, y donde levanta el crimen su hedionda cabeza: No estrañe, pues, la madre que descuida la educacion religiosa de sus hijos, que los mismos que debieran honrarla lleguen á ser afrenta de sus canas.

La madre de Moisés cumplió este deber respecto á su hijo, y hablándole continuamente de Dios y de sus promesas, inspiróle un vivísimo deseo de verlas cumplidas, y el afan de contribuir al logro de tan bella esperanza; esta fué la vocacion de Moisés desde sus mas tiernos años.

Otra mujer sirvió de instrumento á la divina Providencia, para que adquiriese las luces del saber humano. Es muy cierto que para desempeñar una mision extraordinaria y divina, no há menester el hombre de otra luz que la del cielo; y esto bien probado está en los hechos de los Apóstoles; mas plugo al Señor que su enviado poseyera los conocimientos que distinguen á los sábios del mundo, y que la hija del tirano fuese parte á salvar, instruir y engrandecer al hombre que por él se hallaba destinado á romper el yugo de la tirania.

El hijo adoptivo de Thermutis, educado en la corte de Pharaon, ya en sus juveniles años sobresalía entre los sábios del Egipto.

Cuéntase que su ilustre protectora, no teniendo hermanos, hijos ni parientes, cuyo derecho les llamase al trono, propuso al Rey, su padre, que reco-

nociera por inmediato sucesor á su adoptado infante.

No rechazó el monarca la proposicion, antes pareció recibirla con agrado, puesto que acercándose al niño, le ciñó, como en juego su corona, diciendo:— «Vamos á ver qué tal le sienta;» pero la regia insignia que habia profanado con el abuso del poder, no merecia tocar la frente augusta del enviado de Dios, y Moisés con imprevista indignacion, arrancóla de su cabeza y la tiró por el suelo, con asombro de Thermutis, enojo de Pharaon, y escándalo de los adivinos que se hallaban presentes, y vieron en aquel rasgo infantil un presagio fatídico; de modo que, á no ser por la poderosa mediacion de la Princesa, el infante hubiera pagado con la vida el desacato; pero Thermutis le amaba tiernamente, y sus ruegos aplacaron el enojo del Rey, su padre.

No solo esta vez, sino muchas, debió Moisés la vida y el honor á su augusta bienhechora, cuyo celo impedia el triunfo de sus enemigos, desbaratando los planes que contra él fraguaban; por eso, agradecido, la honró como á verdadera madre, y en memoria suya mandó edificar la ciudad de Moeris, nombre que usaba igualmente la Princesa Thermutis, cuya muerte dejó á Moisés privado de apoyo en la corte. La opresion de los hebreos se hizo entonces mas intolerable, y el alma generosa de su futuro caudillo no podia disimular el horror que le inspiraba la injusticia; esto le hacia sospechoso á los egipcios, y el número de sus enemigos aumentaba de dia en dia.

Una mañana que Moisés fué á visitar, como tenia de costumbre, á sus deudos, presencié el atropello de un pobre anciano á quien apaleaban bárbaramente; arrancó el látigo de la mano de los cobardes, y reprendióles enérgicamente su villano proceder; mas ellos, sin respetar su autorizada voz, le amenazaron, en términos que no pudiendo contener el impulso de su justa indignacion, mató á uno de los agresores.

A los pocos dias, uno de sus correligionarios se lo echó en cara. Los hebreos, para colmo de infortunio, alimentaban rencillas entre sí, dando así fuerzas al enemigo comun; el pueblo dividido nunca es fuerte, la debilidad conduce á la esclavitud, y ésta enerva el corazon del hombre y apaga su inteligencia. Moisés trató de hacerles comprender la necesidad de unir sus esfuerzos en defensa de la propia libertad, sacrificando sus opiniones é intereses en las aras del amor pátrio.—¿Quién te ha nombrado juez entre nosotros? Preguntóle un soberbio, que débil para resistir á la tirania extraña, mostrábase fuerte para insultar al propio defensor de sus derechos. ¿Pretendes hacer con los hebreos lo que hiciste con el egipcio dias pasados? preguntóle con ironía.

Esta pregunta hirió doblemente á Moisés, porque á un tiempo revelaba la ingratitud y rebeldía de sus hermanos, y la publicidad del hecho á que aludia. No creyéndose ya seguro en la corte de Pharaon, de-

terminó partir á la tierra en que habitaban los madianitas, al oriente del Mar Rojo, no lejos del monte Sinaí.

Cerca ya de Madiam, detúvose á descansar junto al pozo donde se abrevaba el ganado, y no tardó en ver que se acercaban seis ó siete pastoras, precedidas por sus rebaños. Cerca del camino sesteaban unos pastores, que saliéndolas al encuentro cerráronlas el paso, y comenzaron á insultarlas groseramente. No son los hombres de temple generoso los que toleran un ultraje inferido al sexo, que por su misma debilidad tiene derecho á ser respetado. No reparó Moisés en que se hallaba solo, rendido por el cansancio y en pais extranjero. No contó el número de los agresores, y volando á la defensa de aquellas jóvenes, hizo que los gayanes huyeran cobardemente. Que por lo regular el mas osado con la mujer es el menos valiente con los hombres de fuerte corazón.

El obsequioso israelita no contento con haber protegido á las doncellas de Madiam, ayudólas en la faena de abrevar el ganado; hecho lo cual regresaron ellas al pueblo, y él se quedó junto al pozo, embebido en su pensamiento.

Aquellas pastoras eran hermanas, y como su padre las vió regresar mas temprano que lo acostumbrado, preguntólas el motivo. Ellas entonces le refirieron cuanto habia hecho Moisés en favor suyo.

—Cómo! exclamó el padre, interrumpiéndolas: ¿decís que un egipcio ha sacado la cara por vosotras, y le habeis vuelto la espalda sin ofrecerle hospitalidad?... Volved á buscarle, y decidle que Jethro, vuestro padre, y sacerdote de Madiam, le ruega que nos acompañe á cenar, y tenga mi casa por suya desde ahora.

Jethro acogió al joven israelita como á un hijo, y no tardó en serlo; porque las gracias, el candor y el cariño de su hija Séfora, prendáronle de tal manera, que previo el consentimiento de sus padres, se casó con ella, y tuvo dos hijos, que se llamaron Gersan y Eliezer.

La vida de Moisés, durante algunos años, corrió gozosa y apaciblemente. Ocupado en guardar los rebaños de su amado suegro, recorría los valles que se estienden al pié del Sinaí. Estasiábase contemplando

las maravillas de la naturaleza; cantaba las alabanzas de su divino Autor, y á menudo los ecos del Horeb repitieron las palabras del inspirado cantor de los siglos.

Dios se halla en todas partes, pero en la soledad y el recogimiento se oye su voz y se recibe su impresión divina. Una mañana que Moisés habia conducido el rebaño á pastar en las faldas del Horeb, notó el maravilloso resplandor que despedía una zarza en la orilla del sendero. Acercóse á ella, y se quedó pasmado al observar que ardía sin quemarse. ¿Qué significará esta maravilla? preguntábase á sí mismo, cuando una voz que salía de las llamas, dijo: —Moisés!... Aquí me tienes, respondió el asombrado pastor. —No te acerques mas, añadió la voz

del Invisible. Descálzate, Moisés, la tierra que pisas es sagrada. Yo soy el Dios de tus padres, el Dios de Abraham, el Dios de Jacob.

Humillóse Moisés, cubrió su faz, sin atreverse á levantar los ojos, y sus miembros temblaron al oír la voz de Jehová, que dijo: —«He visto la tribulación de mi pueblo en Egipto. He oído su clamor á causa de la dureza con que vigilan sus trabajos, conozco su aflicción, y he des-

cendido á librarle de las manos de los egipcios, y conducirlo á una tierra fértil y espaciosa donde abunda la leche y la miel, á la tierra de Canaán. El grito de los hijos de Israel ha llegado hasta mí, yo aliviaré sus males; vé á Egipto, y tú serás el conductor de mi pueblo.»

—¿Quién soy yo para ir á Pharaon y hacer que salgan los israelitas del Egipto? exclamó el asombrado Moisés.

—Yo estaré contigo, respondió el Señor, y esa será la señal de que tú eres mi enviado. Cuando hayas salido con mi pueblo del Egipto, en esta cumbre ofrecereis un sacrificio á Dios.

—Está bien, Señor, dijo Moisés, iré á mis hermanos y les diré así: —El Dios de nuestros padres me envía á vosotros; pero si me preguntan cuál es vuestro nombre, qué debo responder?

Yo soy el que soy, dijo el Señor. Esto es lo que dirás á los hijos de Israel. *El que es* me ha enviado á vosotros. El Dios de Abraham, el Dios de Isaac, el Dios de Jacob, ese es mi nombre por toda la eterni-



La Zarza ardiendo.

dad. Nombre por el cual seré conocido en los siglos de los siglos; y dicho esto explicó á Moisés lo que debía ejecutar.

La ignorancia es presuntuosa, pero el génio desconfía de sí mismo; el buen general, el hombre de gobierno, antes de aceptar el mando calcula y mide los peligros y dificultades. Conocía Moisés las divisiones y rencillas de los hebreos, su estado de postración, su falta de recursos, y el número, el poder y astucia de los enemigos que habían de combatirle, y no era mucho que vacilase al cargar sobre sus hombros con el peso de tan difícil como heroica empresa.

—Señor, dijo, y si no me creen? y si dicen que no es cierto que te me has aparecido?

—Tira esa vara que tienes en la mano, dijo el Señor; hízolo así Moisés, y la vara cayó al suelo convertida en animada serpiente; aterrado, quiso emprender la fuga, pero le detuvo el Señor diciendo: —«Coge la serpiente:» obedeció Moisés sin vacilar, y la vara recobró su primitivo sér.

—Mete ahora la mano en tu seno, volvió á decir el Señor, hizo Moisés lo que le mandaban, y al sacarla vió que su mano estaba cubierta de unas costras blancas como la nieve; volvió á meterla en el seno, por órden del Señor, sacóla de nuevo, y hallóla sana y limpia.

—Vé, le dijo el Señor, si no te creen á la primera señal, te creerán á la segunda.

—Señor, volvió á decir Moisés, mi lengua es embarazosa, mi voz débil, ¿cómo podrá con su elocuencia persuadir á la multitud?—¿Quién ha hecho la boca del hombre, repuso Jehová con irritado acento? Quién ha hecho al mudo, al sordo, al ciego y al que vé? no he sido yo?... Vé, pues, y yo moveré tus lábios. Aaron tu hermano es elocuente; tómale por auxiliar.

La prudencia humana debe guardar silencio cuando es Dios el que habla y exige. Ante la espresa voluntad del Señor, cesaron las vacilaciones de Moisés; éste partió á Egipto, despidiéndose de su familia y del país donde había encontrado la felicidad, el amor, y las dulzuras de una vida exenta de cuidados y vicisitudes. Apenas llegó á Egipto lanzóse al borrascoso mar de la política y de la guerra; con ayuda de Aaron no tardó en persuadir á los hebreos de que la union constituye la fuerza, y que sin ella no puede haber naciones libres. Unidos en la fé, la esperanza y el amor á la patria, vencieron los hebreos, y con la protección del cielo encaminólos Moisés á las suspiradas riberas del Jordan.

Únanse los ciudadanos, y salvarán la patria. Unámonos todos en la fé, en la esperanza y en la caridad, y también con ayuda de Dios arribaremos después al cielo, que para el pueblo cristiano esa es la verdadera patria de promision.

MICAELA DE SILVA.

EN UNA PROFESION RELIGIOSA.

Palpite de placer enajenado
Tu amante corazon, amiga mia,
Que de alcanzar el nombre suspirado
De esposa de Jesus luce ya el dia.
Te alejas para siempre de mi lado
Y hondos ayes exhalo de agonía,
Mas siento en breve por la fé cristiana
En mis lábios morir la queja insana.

Sí, que te llama Dios. ¡Dios! ¿quién se atreve
Á no escuchar el soberano acento
Del que los orbes poderoso mueve
En los anchos espacios con su aliento?
Él, que dá impulso al átomo mas leve,
Él, que inunda de luz el firmamento,
Él es, Mercedes, quien tu pecho inflama,
Y esposo tierno á su mansion te llama.

Llega. ¡Dichosa tú que la escogida
Eres del santo amor de los amores!
Llega, y tu frente se alzaré ceñida
Con su corona virginal de flores.
¡Oh! venturosa tú que de la vida
Desdeñas los halagos seductores,
Y en la mansion de eterna bienandanza
Cifras solo tu dicha y tu esperanza.

«Ven del Líbano, ven, dueño adorado,
Cien veces esclamaste con anhelo,
Ven, Cordero de Dios inmaculado,
Desciende de la cima del Carmelo.
Entre tus castas vírgenes, oh amado,
Cubre mi humilde frente con su velo,
Y en aras de tu amor y tu clemencia
Hóstia pura consagre mi existencia.»

«Ven á mi lado, ven; yo quiero verte,
Vivir quiero por tí, soñar contigo,
Mi tierno corazon quiero ofrecerte
Y en la tierra serás mi solo amigo.
Árbitro de mi vida y de mi muerte,
Mística sombra que anhelante sigo,
Deja que siempre con amor te mire;
Deja que siempre por tu amor suspire.»

«Ven á mi lado, ven: cuando un momento
Me parece que encuentro tu mirada,
Anímase mi triste pensamiento
Y te bendice el alma enamorada.
Sostenme con tu diestra, dame aliento,
Jamás quede por tí desamparada;
Plácidas flores á mi lado ofrece;
Ay! que de amor mi pecho desfallece.»

«No te alejes de mí: tu acento tierno
Ansio inquieta escuchar, santo amor-mío;
No te alejes de mí, que será eterno
Mi llanto si me hiere tu desvío.
Tú eres sol puro en aterido invierno,
Aura apacible en abrasado estío,
Haz de mirra de esencia encantadora,
Campo de Abril al despuntar la aurora.»

«Tú eres la dulce cristalina fuente
Donde templa su sed, férvida el alma,
Y en desierto arenal seco y ardiente
La fresca sombra de la erguida palma.
El Justiciero, el Hacedor clemente,
El que benigno los pesares calma
Es el que adoro con amor profundo.
¿Quién su grandeza igualará en el mundo?»

«¡Oh! cuando te hallaré, rico tesoro,
Amante celestial que fiel venero;
Cuando podré decirte que te adoro
Y desmayada por tu ausencia muero.
Apresura, Señor, yo te lo imploro,
El dulce instante que afanosa espero,
En que pueda á tus piés enterneceida
En holocausto presentar mi vida.»

Así dijiste, y acogida grata
Tus ecos encontraron en la altura;
El Sér que tus potencias arrebató
Te ofreció su corona santa y pura.
¡Oh! llega... ven... tu corazón dilata,
Disípanse tus sombras de amargura,
Que el sol eterno de la inmensa esfera
Tus sacros votos en el templo espera.

ANTONIA DIAZ DE LAMARQUE.

EL PESCADOR DE PERLAS.

—¿Eres tú quien ha reemplazado al viejo Adjar
en la pesca de las perlas?

—Sí!

—¿Eres tú quien le ayuda en su comercio, es-
tendido ya por todo el globo? quién posee todos sus
secretos?

—Sí!

—Eres francés?

—Soy francés!

—Eres cristiano?

—Soy cristiano!

—Cómo de llamas?

—Duperron.

Este diálogo sostenían un hombre y una mujer,

ambos hermosos, de tez blanca el primero, de tez
amarillenta la segunda, pero de formas mórbidas y
delicadas.

Sostenían este diálogo á la orilla del mar de
Oman, mientras las olas encrespadas del golfo de
Camboy batían con furia la desierta playa.

El primero tenía á su lado una banasta de bam-
bú, llena de grandes ostras, entre las cuales una
abierta, dejaba ver la perla que ostentaba entre sus
conchas.

Hubo un momento de silencio.

—Yo soy Mithra, dijo por fin la mujer con alti-
vez, Mithra, que ha triunfado de su rival la tímida
Delha, y va á ser la esposa de tu amo!

Mañana partimos todos en peregrinación para ir á



Brahma bañándose en el río.

bañarnos en las aguas sagradas del Nerbudda. Tú se-
rás de la partida. Cuando me veas arrancar doce ho-
jas del tallo de una rosa y arrojar su cáliz al río, sí-
gueme: te necesito! Sé que los franceses y los cris-
tianos saben obedecer á las mujeres. Llevarás una
tea y una hacha.

Y Mithra al pronunciar estas palabras corrió á
reunirse con sus esclavas, dejando al francés con-
fuso y sorprendido.

Pasaron algunos días.

Al declinar de una tarde, una caravana, com-
puesta de hombres, mujeres y niños, caminaba pau-
sadamente siguiendo la margen del Nerbudda, que
es un río del Indostan.

Los peregrinos llevaban los piés descalzos, la ca-
beza descubierta, y por único traje un pedazo de te-
la liado alrededor del cuerpo. Eran indios habitan-
tes de la costa, que se dirigían según costumbre á

Chandode, la ciudad santa de los Brahmas, á cumplir sus penitentes votos.

No tiene la tierra ningun paisaje semejante á los paisajes de la India; no tiene la India ninguno semejante á aquel que se ofrecia entonces á los ojos de los cansados peregrinos.

¡ Altos montes, cuyas crestas atrevidas destacándose sobre la bóveda del cielo, parecen las unas de plata, las otras de púrpura ó de ópalo, y las otras de esmeralda! Inmensos bosques de cedros, sándalos y bananos, poblados de pelícanos y papagayos de vistosos colores; de monos y leopardos! Fuentes, arroyos y cascadas murmuradoras que surgen aquí y allá, que aquí y allá se precipitan de las rocas, formando una espuma de diamantes! El místico rio, con su bóveda de *lotus* encarnado, de la cual cuelgan sus nidos millares de pajarillos, con sus plácidas ondas, que se destrenzan humildes en derredor de las verdes isletas, adonde van á reposar las gacelas, ó en derredor de las ninfeas azules, en donde los cisnes se detienen á entonar sus cantos! Los árboles de la ribera doblándose al impulso del céfiro, dejan caer una lluvia de flores: flores bellas y perfumadas, que las unas alfombran el suelo, y las otras navegan sobre las aguas! Y para completar el encanto, ecos, murmurios y gemidos, que se van debilitando á medida que los reflejos del sol se tornan pálidos; á medida que la sombra gigantesca va envolviendo los objetos!

La caravana se detuvo á la entrada de un bosque de *Ficus religiosa*, que daba su sombra á un antiguo templo de Indios, y se dividió en diferentes grupos, recostándose entre las rosas y jazmines, que crecían en la sagrada orilla.

En uno de aquellos grupos estaba Mithra, que llevaba una riquísima pieza de muselina plegada al cuerpo, y zapatos bordados de oro y plata, distintivo de las ricas bayaderas.

Fijó sus ojos atrevidos en el pescador de perlas, cogió una rosa, arrancó doce hojas, y arrojó el cáliz al rio.

Entonces un indio se acercó con sigilo á Adjar, anciano de blanca barba y aspecto venerable.

—Has dejado á la dulce Delha por Mithra, le dijo al oído, y Mithra te vende!

El anciano se estremeció.

—Mithra te vende! repuso el indio, y otro la ayuda en su traición!

—Quién? exclamó Adjar fuera de sí.

—El pescador de perlas!

El rostro del anciano se serenó.

—Siempre envidioso de su gloria, Havy, dijo con dulce tono, siempre dando oídos á Chivah, destructor de lo bello y de lo bueno!

—Te digo que sí! Te digo que tenía fijos los ojos

en él, mientras arrancaba doce hojas de una rosa, y arrojaba su cáliz á la sagrada corriente!...

—Oh, no es posible!

—Mira!

—Mientes!

—Mira!

Y el indio le señalaba la flor, que zozobraba todavía en medio de las aguas.

La noche cubrió de sombra los llanos, cubrió de sombra los montes.

Los peregrinos se durmieron. Habían encendido numerosas hogueras, y los tigres y las hienas rujían en derredor, sin atreverse á franquear el círculo luminoso.

Entonces Mithra, se levantó muy despacio, y se dirigió á la entrada del bosque.

El pescador la esperaba en su límite con una tea encendida en una mano, y un hacha en la otra.

Dió la tea á Mithra, y ambas se internaron en el bosque.

Aquella naturaleza tan espléndida á la luz del sol, era tenebrosa é imponente envuelta en la negra, sombra.

Oíanse entre las hojas los silbidos de las serpientes, entre el follaje los gritos agudos de los monos, que despertaban sobresaltados, y en todas direcciones los aúllidos del chacal y el jabalí, sedientos de sangre humana.

Mithra y su compañero, sordos á aquel lúgubre concierto, avanzaron intrépidamente hasta llegar á un sitio, en donde se alzaban truncadas columnatas de pórfido y derrumbados chapiteles.

En medio de aquellas ruinas magestuosas, que empezaba á iluminar un rayo oblícuo de la luna, se veía una enorme piedra redonda: era el altar del ídolo...

—Al llegar á Chandode, dijo Mithra deteniéndose, debo ser la esposa de Adjar!... Yo lo quise así, porque humilde esclava, esto satisfacía entonces mi ambición!... Luego te he visto!... Llévame contigo á Francia; házme tu sultana! Sé que allí las mujeres ricas y hermosas son acatadas de rodillas!... Adjar posee tesoros inmensos, que tú viniste á esconder con él en este sagrado bosque!... Revélame en donde están!... He implorado el auxilio de las hordas salvajes de los Gracias: apoderémonos del tesoro: ellos secundarán nuestra evasión!...

—Estás loca! exclamó el francés lleno de asombro.

—Soy ambiciosa! quiero ser tu mujer, quiero brillar en tu país?

—Nunca!

—Piénsalo!

—Nunca!

La india se sonrió con desden.

—Tengo un medio de hacerte obedecer, dijo,

poseo el secreto de tu talisman !... Te seguí cuando viniste á ocultarlo aquí, creyendo que venias á ocultar otra parte de los tesoros de Adjar.

Al decir esto, empujó la gruesa piedra : la piedra rodó sobre sí misma, y dejó descubierto un abultado manuscrito.

El francés soltó un rugido como el del tigre á quien roban sus hijuelos ; pero luego se contuvo.

—Eres mujer, dijo, y serás generosa ; oye mi historia y juzga !

A los siete años perdí á mi padre. Mi padre me habia legado por único patrimonio dos hermanas, su honradez y pobreza. El hambre asomó su faz escuálida por la puerta de mi casa ; pero cien bienhechores la arrojaron de aquel sitio ! Mis hermanas tuvieron pan ; yo tuve maestros !

Entonces juré que el hombre pagaria las deudas del niño, que volveria á mi pátria en gloria lo que me habia dado en proteccion. Estudiando en la biblioteca las lenguas orientales, concebí el proyecto de arrancar á la India el secreto de su historia ! Muchos ricos ingleses habian fracasado en esta tentativa : yo no tenia oro, pero poseia una firme voluntad !

Me presenté al Ministro ; cansado de sus dilaciones, me decidí á no contar más que conmigo mismo.

Me alisté como soldado en la Compañía de las Indias, y salí de París el 7 de Noviembre de 1754, detrás de un mal tambor y de un viejo sargento, que guiaba media docena de reclutas.

Llegué á este pais, pero cuántas dificultades me aguardaban ! A cuatrocientas leguas de donde esperaba hallar los libros y los intérpretes los guías me abandonaron !

Me dijeron que el pais estaba cubierto de bosques poblados de serpientes, tigres y elefantes, y sin embargo, seguí adelante !...

Me asaltaron el hambre, la sed, las mortíferas enfermedades, y seguí adelante !...

En las ciudades, las criollas europeas, las ricas bayaderas, las sultanas quisieron detenerme con los halagos de su amor ; pero mi sultana era el viejo libro indescifrable, y seguí adelante, adelante siempre, adelante !...

Llegué á los bosques habitados por los Parsis, guardadores del fuego sacro, viví diez años entre ellos. Aquí labrador, allí carpintero, mas allá fabricante, como hoy pescador de perlas, con el objeto de captarme su confianza, llegué á arrancarles línea por línea, hoja por hoja, ese libro mágico, que guardo para mi pátria, y forma mi tesoro !

¡ Mira si le tendré en estima, cuando tantos desvelos me ha costado ; pero aun tengo en mas estima la honra de mi padre ! Rásgalo en menudos pedazos, si tienes valor para ello... Yo sé donde se oculta el

tesoro de Adjar ; pero esta revelacion no saldrá nunca de mis lábios !

Mithra cogió el precioso manuscrito.

—Por última vez ! dijo.

—No !

—A mí ! gritó la india.

Veinte salvajes surjieron de la espesura : ataron al jóven á un árbol : encendieron una hoguera.

Ya el sagrado libro empezaba á arder, ya se elevaba de sus páginas una nube de humo, y el jóven lívido, con los ojos inyectados de sangre, gritaba sin embargo con voz ronca.

—No ! no !

Pero en aquel instante un anciano se precipitó hácia la hoguera y arrancó á las llamas el misterioso volúmen : en aquel instante veinte hachas brillaron sobre las cabezas de los foragidos.

¡ El aviso de Havy no habia sido infructuoso !

—Os doy la libertad y cien monedas de oro, dijo Adjar á los salvajes, con tal de que os lleveis á esa mujer y la hagais esclava de vuestras esclavas, y tú, añadió volviéndose hácia el heróico francés, cuenta con mis tesoros para rehacer tu manuscrito y volver triunfante á tu pais !

Dos años mas tarde un hermoso jóven presentaba al Rey de Francia la traduccion fiel del *Zend Avesta* de los persas, con un extracto de los *Vedas* de la India.

El Rey, la córte, la Francia, el mundo entero, acogieron con un grito de entusiasmo aquella obra colosal, que venia á revelar por fin al Occidente los misterios del Oriente !

Aquel jóven era el pescador de perlas, que acababa de pagar la deuda contraida con su pátria : aquel jóven se llamaba Anquetil Duperron, el ilustre viajero, que ayudado únicamente de su firme voluntad, hizo brotar del caos la historia de un gran pueblo, y abrió á la literatura moderna un nuevo campo !...

ANGELA GRASSI.



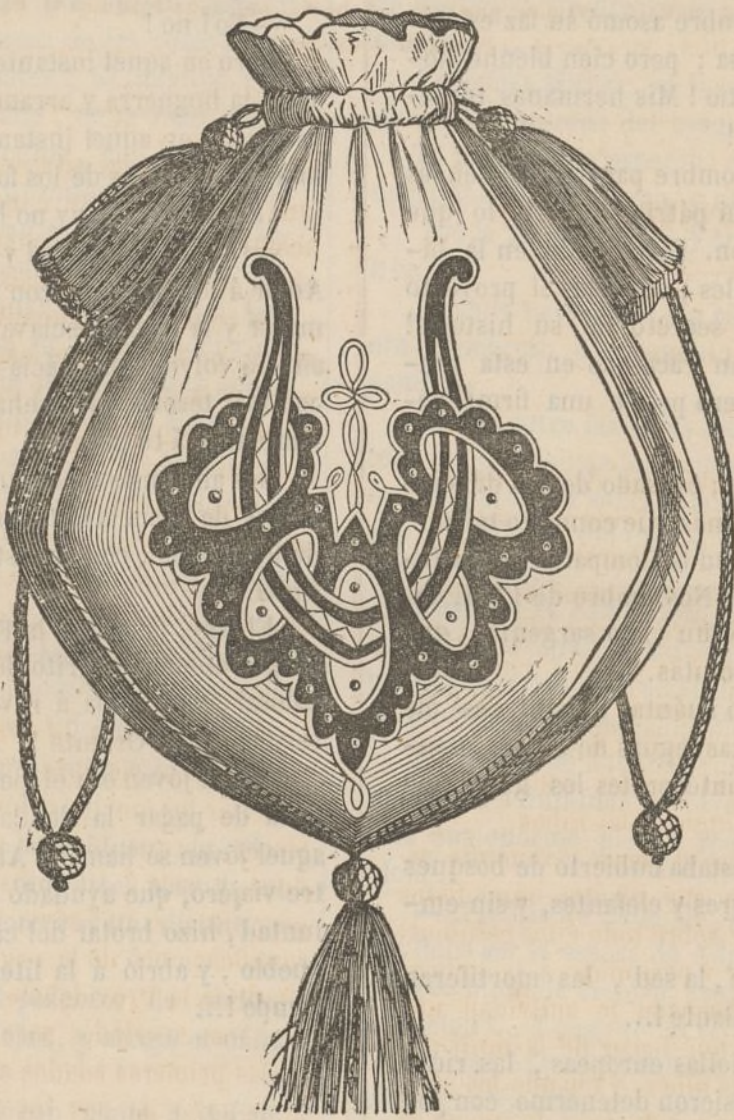
LABORES.

El grabado adjunto representa una lindísima *bolsita* de cuatro partes iguales, que si desde luego agrada á la vista en el dibujo, no da sino una pobre idea de lo que será despues de ejecutada: las que hemos visto concluida esta elegante y sencilla labor, no sabremos recomendarla bastante.

Necesítase cuatro cachos de cabritilla gris para los cuatro frentes, de tamaño bastante mayor que le presenta el modelo, y se colocan sobre un lienzo en el bastidor, requisito indispensable para trabajar en piel. Despues se recorta en terciopelo color de pensamiento el dibujo, que parece representar una lira, cuyas cuerdas se hubieran roto, sostenida por óvalos ó arabescos: el centro de la lira se recorta, y se fija debajo raso de igual color violeta, haciendo encima arcos ó festones con cordoncillo de oro: una trencilla de oro tambien guarnece todos los contornos del terciopelo formando un pequeño arabesco en el centro, y una cuenta de azabache en cada onda del terciopelo, y grupos en el centro de los óvalos, terminan tan sencillo bordado.

El armar esta labor es cosa tambien en extremo sencilla, pues basta coser por dentro las cuatro partes de la bolsita, hacer otra exactamente igual de seda blanca que sirve de forro, y ejecutar, cogiendo las dos telas, dos bastillas un poco separadas, por donde pasan los cordones: una borla en el centro y trencilla de oro cubriendo todas las costuras, completan este gracioso y útil objeto.

JOAQUINA G. BALMASEDA.



Bolsa de tafilete.

CONSEJOS Á LAS MADRES.

No perdais ocasion, ni descuideis nada á fin de formar el corazon de vuestros hijos para todas las virtudes, como la bondad, la caridad, la benevolencia, la indulgencia, etc., etc.

Estas son, en mi juicio, las mejores reglas de urbanidad y buen tono que podeis darles, pues todo lo demas se compone de fórmulas fáciles de aprender, que solo requieren un poco de memoria.

Procurad que no disputen ni se queren entre sí, que se amen mutuamente y que no se acusen los unos á los otros.

Inspiradles horror á la mentira y á todo lo que es contrario al honor y á la probidad.

Habituadlos á conservar una severa decencia en sus vestidos, en sus palabras y en sus acciones; á huir de la ociosidad y de los vicios que esta engendra, tales como la pereza, la maledicencia, etc.

A huir de las malas compañías, y á obser-

var mucha circunspeccion y prudencia en la eleccion de sus amigos.

Vigilad sus pasiones á medida que se desarrollen en su tierno corazon, á fin de ahogar las malas y estimular las buenas.

Por lo no firmado

El Director y Editor propietario, P. J. de la Peña.

Editor responsable: D. LEON MORAN.

MADRID.—1865.

IMPRENTA DE M. Campo-Redondo.—OLMO, 14.